

EL AMIGO DE LA INFANCIA

AÑO LX

MADRID, 2 DE JULIO DE 1933

NÚMERO 27



DEBAJO DE LA LOCOMOTORA

Un sol espléndido iluminaba los pobres prados que se extendían cerca de la cumbre de las montañas. Un rebaño de ovejas pastaba tranquilamente, vigilado por el pastor con sus dos perros. Ambos, uno gris y el otro negro, corren diligentemente alrededor de sus protegidos, acarreado a las que se quedan atrás con sus ladridos y, si esto no basta, valiéndose de otros medios más eficaces. A ratos, aprovechan algún momento para tumbarse al sol. En estas ocasiones, Luz, el perro negro, procuraba echarse cer-

ca de su amo. Este, apoyado en su cayado largo, estaba en lo alto de la montaña, y tan pronto pasaba la vista por encima de sus ovejas, como la extendía a lo lejos, sobre bosques, montañas y aldeas. Cuando notaba algo extraño entre sus ovejas, bastaba una palabra o un silbido para que Luz se pusiera sobre aviso. Ofrecía un cuadro precioso ver a este perro grande, con su noble cabeza, sus ojos vivos y listos, las orejas tiesas e inmóviles, con todos los músculos en tensión, dispuesto a emprender una

carrera en cualquier momento. Cuando volvía, su amo le acariciaba, demostrándole su satisfacción. "Bien hecho, Luz; eres un perro fiel". Por la noche el pastor acorralaba su rebaño en la majada que estaba en el mismo campo, mientras él se acostaba en un pajaro cercano.

Así pasaron unos días; después él se procuró un zagal, y una mañana, hermosa y fresca, salieron los dos, recogieron las redes de la majada, se las cargaron al hombro y se marcharon con su rebaño, porque tenían que emprender una penosa caminata, no exenta de peligros. El camino pasaba por la ciudad y además tenían que seguir una carretera próxima a una vía de ferrocarril, pero como sólo era una vía secundaria, el pastor confiaba poder pasar sin encontrarse con ningún tren.

Al principio todo marchaba bien. Detrás del guía, la comitiva polvorienta se deslizaba por campos y montes. Los perros vigilantes, protegían los lados y el zagal marchaba a retaguardia. Sin incidentes siguió la marcha a través de varios caseríos y una aldea, donde niños y perros acudieron en gran número. Por nada Luz y su compañero se dejaban distraer de su obligación. Solícitos trotaban a lo largo del rebaño, manteniéndole unido. ¡Un silbido del pastor! No haya cuidado, Luz ya ha visto la oveja tonta que quería entrar en la huerta del aldeano. ¡Ya ha vuelto a la fila! Y allá el mísero can que pretende poner en desorden nuestra columna. Ya corre con el rabo entre las piernas, insultando desde una distancia segura.

A poco de salir del pueblo, ya se nota la proximidad de la carretera principal. Suenan las bocinas de los autos, se oye el ruido de las motos. A corta distancia de la carretera, el pastor hace un alto, deja pasar tranquilamente a las ovejas y él mismo se echa en la hierba y el tomillo a orillas del camino, pues ya la caminata ha durado tres horas. Luz se acuesta cerca de su amo. La

seca lengua asoma entre los afilados colmillos. J-j-jva la fatigosa respiración, como el ruido de una máquina de vapor.

—Sí, descansa, Luz, que buena falta te hace—le dice su amo—. Aún falta lo peor. ¿Oyes los autos? Ya los conoces, pero el tranvía y el tren no lo has visto aún; hay que estar alerta. ¡Ojalá estuviéramos ya fuera de la ciudad!

Media hora después el pastor se levanta. Sigue la marcha con lentitud, y pronto llega el rebaño a la carretera. A los perros no les falta tarea; pronto han comprendido que las ovejas tienen que caminar siempre a la derecha. Estas no lo han comprendido tan pronto; una y otra vez grupos enteros se meten en el centro de la carretera, y los autos se acercan con velocidad vertiginosa. Pero antes de que pueda ocurrir una desgracia, ya los perros han logrado volverlas a la fila. Afortunadamente también los choferes tienen compasión y moderan la marcha.

Sí; hay personas que se burlan de un rebaño de ovejas y de su pastor con su ropa basta, y cuando lo ven con su pelo largo y sin afeitar, se figuran que debe ser un hombre muy inculto. Pero quien así opina, está muy equivocado; un pastor tiene una gran responsabilidad y necesita más experiencia que otras personas.

Ya están cerca las primeras casas de la ciudad. Ya hace rato que caminan junto a la vía. Parece haber poco movimiento, pues entre los railes crece hierba en abundancia. Pero precisamente esta hierba ejerce una atracción irresistible sobre las inocentes ovejas. Y mientras muchas de ellas están comiendo la hierba, se acerca un tren de mercancías. No viene, afortunadamente, con la rapidez de un expreso; pero de todos modos corre mucha prisa dejar la vía libre. El pastor hace señales y grita excitado. Su excitación se tramite a los perros que corren ladrando de acá para allá. Pero las ovejas

están locas por la vía. Apenas las primeras han vuelto a la fila, cuando las de atrás vuelven a la vía. La locomotora silba, el vapor sale penosamente, como si dijera al compás: no puedo más, no puedo más.

Luz se da cuenta de todo. El monstruo que se acerca le parece como una casa montada sobre ruedas, echando humo por la chimenea, como una hoguera en el campo. La locomotora ha vencido la cuesta; sopla más de prisa; ya va mejor, ya va mejor.

Pero, ¿qué ocurrirá con esa media docena de borregos incorregibles allá en la vía?

En el momento de peligro extremo, Luz, una vez más, salta en medio de ellos. Está cansado, sus pies están doloridos de las piedras puntiagudas; pero cumple con su deber. En un abrir y cerrar de ojos las ovejas están fuera de peligro, pero para su salvador ya es tarde; la locomotora pasa por encima de él sin compasión.

Los espectadores no se atreven a respirar. Algunos gritan horrozizados. El susto y el dolor atontan al pastor. "Pobre y fiel animal. Te sacrificaste por las culpas de otros." Hubiera preferido perder una docena de ovejas, y no a su perro mejor.

Pero, ¿qué es eso? Detrás de la locomotora, junto a la rueda del próximo vagón, sale Luz disparado como una flecha. ¡Formidable salto! Algo, sin embargo, le ha sucedido al perro. Loco de espanto, como si le llevaran los demonios, atraviesa la carretera, las huertas y prados hasta la montaña próxima. En vano su amo le llama, corre detrás de él. El pastor no puede abandonar el rebaño. Sigue caminando triste, procurando que no ocurra otro accidente. Afortunadamente el rebaño, envuelto en una nube de polvo, atraviesa sin novedad la ciudad peligrosa y sale al campo libre.

Al anochecer, colocado el redil en lugar conveniente y recogidas las ovejas, una sombra negra se deslizó sobre el barbecho. El perro, al que ya daban por perdido, se acer-

caba como avergonzado y pidiendo perdón. Pero el amo no pensaba en castigarle; se inclinó, acariciándole. Vió entonces que tenía el pelo chamuscado y una quemadura en la piel.

—Pobre perrito mío—dijo en voz baja—, por eso huíste. ¡Brasas te echaron! Ya se podía haber esperado un poco el fogonero.

Después le puso una cataplasma refrescante. De eso entienden los pastores. Luz movía agradecido su poblada cola, en su alegría ya había olvidado todos los sabores del día: su cansancio y su dolor, el gran susto y su acto heroico.

UN SUEÑO

Cierto rico ruso estaba a punto de morir. El creía que sería conveniente llevar dinero para el más allá.

A tal efecto, ordenó a sus hijos que pudiesen en su cajón, una bolsita llena de rublos de oro.

Se durmió y soñó que estaba en el cielo, en una antesala, en la cual los recién llegados se apretaban para entrar a un buffet y reponerse del largo viaje. Servíanles ángeles que atendían el buffet.

El rico sea acercó contento, y eligió de los más valiosos manjares. Entonces ofreció, para pagar, un brillante rublo de oro. El ángel le explicó que en el cielo estaban fuera de curso las monedas de oro.

Al despertarse, el rico relató el sueño a sus hijos y les dijo que sería mejor poner en el ataúd, una bolsita con monedas de cobre, en vez de rublos.

Nuevamente se durmió y soñó que esta-

ba en la antesala del cielo y esta vez quiso pagar el buffet con un puñado de monedas de cobre.

El ángel le dijo que esas tampoco tenían valor y que en el cielo el único dinero que valía era el que en vida se había dado a semejantes necesitados. Entonces el rico en vano trató de acordarse si había dado dinero a los pobres, pero no pudo acordarse, porque jamás había dado nada. Así, tuvo que abandonar el cielo.

En sus cuentas, "los otros" nunca desempeñaron rol alguno. El tenía sólo para sí y siempre se contaba a sí solo.

(Trad. del alemán por *Herbert Wirth.*)
("Mensajero Valdense".)

QUE SALGA EL ZORRO

JUEGO

Todos los jugadores tienen que tener un pañuelo y hacerle un pequeño nudo en uno de los cuatro extremos. Se elige uno de los niños para que quede de zorro. El zorro se tiene que poner en un círculo marcado con un palo en el suelo. Cuando los otros jugadores griten: "que salga el zorro", éste tiene que salir a pata coja de su cueva, y procurar dar con su pañuelo a uno de sus enemigos. Si toca a uno, los otros jugadores tienen que correr detrás de éste para acorralarle. El juego empieza de nuevo; pero

si él no toca a ninguno, ni siquiera tirando el pañuelo a uno, los otros jugadores, con sus pañuelos, tiran el pañuelo del "zorro", siempre más lejos, mientras que éste hace esfuerzos de ganarlo otra vez; o de dar con la mano a uno de los compañeros del juego. Tan pronto como el zorro toca el ruedo con el otro pie, todos los niños le echan para atrás, pegándole con el pañuelo hasta que llegue a la cueva y, en el juego nuevo, el mismo tiene que ser zorro otra vez.

ADIVINANZAS

Soy una cámara oscura,
alfombrada de guijarros,
la muerte llevo en mi seno
y el hombre me lleva en brazos.

La escopeta

Salí de tierra
sin yo quererlo;
maté a un hombre
sin yo saberlo.

La bala

—Redondo soy como el mundo,
Pero mucho más pequeño.
Soy de Ronda natural,
que sepas mi nombre espero.

—El perro

—¿Qué animal tiene los pies en la cabeza?

El piojo

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN: *Por un año:* en España y Repúblicas Americanas, ptas. 3,00
(25 centavos oro); en los demás países, ptas. 4,50

Librería Nacional y Extranjera: Caballero de Gracia, 60, Madrid.

Imp. Castilla. -- Marqués de Urquijo